

EL SUPERVISOR

Texto y dibujos Rodolfo Fucile



EL SUPERVISOR

Texto y dibujos **Rodolfo Fucile**



Texto y dibujos © Rodolfo Fucile.
Buenos Aires, Argentina, mayo de 2012.

Algunos se asombran o se ríen cuando les digo que la Oficina de Normativas es el lugar donde pasaría el resto de mis días. No pueden comprenderlo... El perfume de la tinta para sellos, el concierto cotidiano de abrochadoras y perforadoras... y sobre todo, la incomparable biblioteca de reglamentaciones; motivos suficientes para levantarse cada mañana. Kramer y Rosales saben bien de lo que hablo, porque hace treinta años que trabajamos juntos.



Podrá resultarle extraño pero le aseguro que, aunque no me pagaran el sueldo, yo volvería cada día tan solo para pasear sin rumbo por los pasillos del archivo. No le miento. Todas las semanas nos llevamos viejos contratos y estatutos para disfrutarlos en la tranquilidad del hogar. Al día siguiente, para pasar el rato, jugamos a recordar las cláusulas. Por lo general gana Kramer, que goza de una memoria insuperable.



Pero no crea que vamos a la oficina a jugar. Nada más lejos de eso. Es cierto que compartimos la pasión por las normativas, pero siempre fuimos empleados responsables y eficientes.

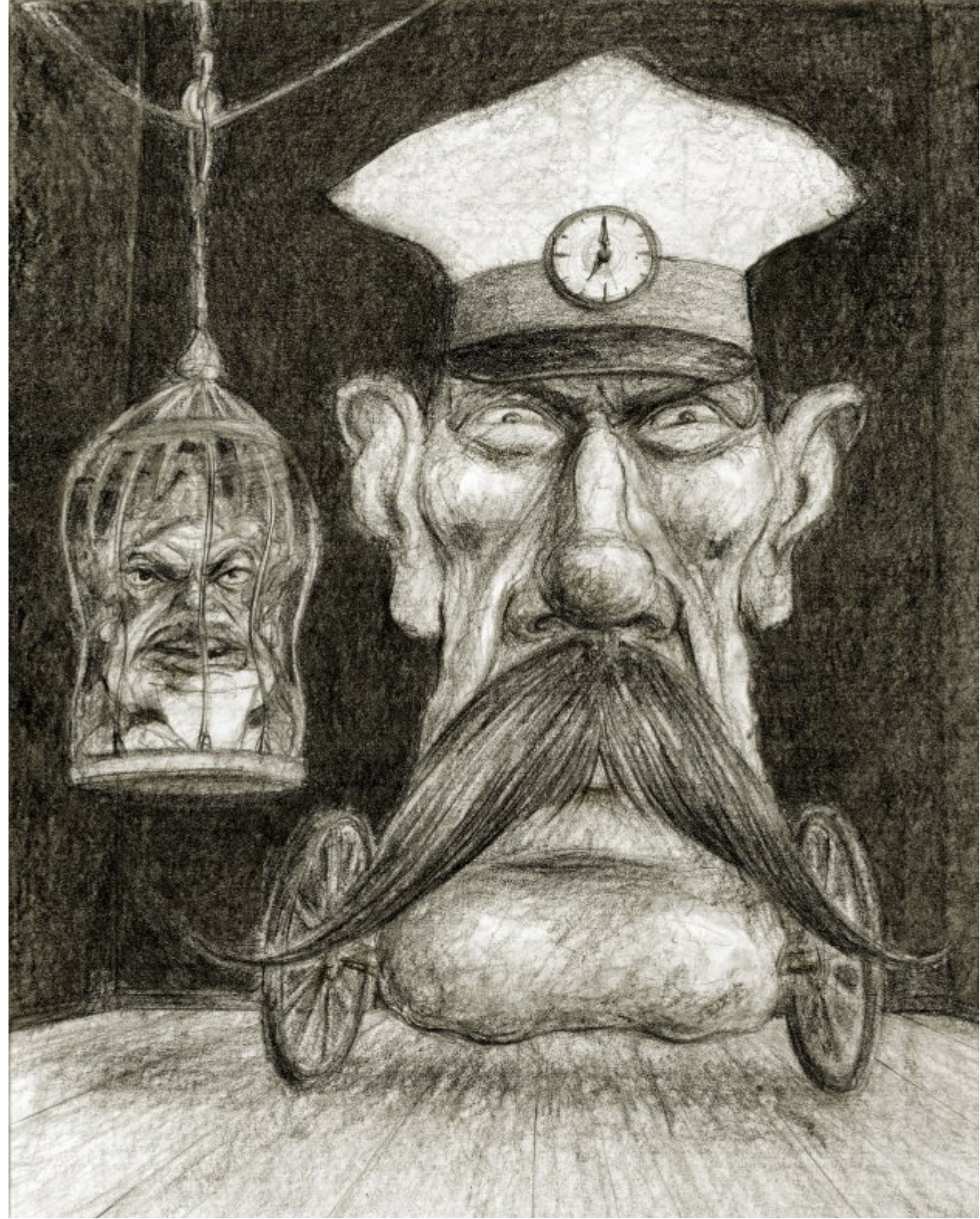


Por eso nos sorprendió el comunicado de la Dirección: “Se han presentado quejas”, decía sin preámbulos. Luego enumeraba varias faltas a los artículos 13 y 17 bis y concluía con una orden: “El día de mañana ingresarán una hora más tarde”. Esta instrucción nos dejó aún más preocupados.

Al regresar a la oficina advertimos que el problema era más grave de lo que imaginábamos...



—Señores —dijo la secretaria—, como se les anticipó, se han detectado irregularidades en el funcionamiento de la Oficina de Normativas. Por esa razón, a partir de hoy y por tiempo indeterminado contarán con la honorable presencia del Supervisor. Pueden volver a sus puestos.



En ese momento comprendimos por qué nos habían citado una hora más tarde: durante ese rato habían cambiado completamente la disposición de nuestro espacio de trabajo.



Todavía desorientados y nerviosos por la situación, tratábamos de concentrarnos en nuestra tarea, pero no podíamos dejar de oír la respiración del Supervisor; un ronquido atronador tan insoportable como los agudos metálicos producidos por los movimientos de la secretaria. La pesadilla de aquella mañana no se la deseo a nadie...



Los días siguientes no fueron muy distintos, salvo por la ausencia de la secretaria –que sólo aparecía un rato a la mañana– y por la novedosa indumentaria que nos impuso el Supervisor. Al principio nos veíamos raros, pero con el paso de las horas notamos que aquel traje nos distendía y nos ayudaba a pasar el mal trago. Imagínese cómo habían cambiado las cosas... Ya no jugábamos a memorizar cláusulas ni retirábamos reglamentos del archivo. Una extraña sensación se apoderaba de nosotros...



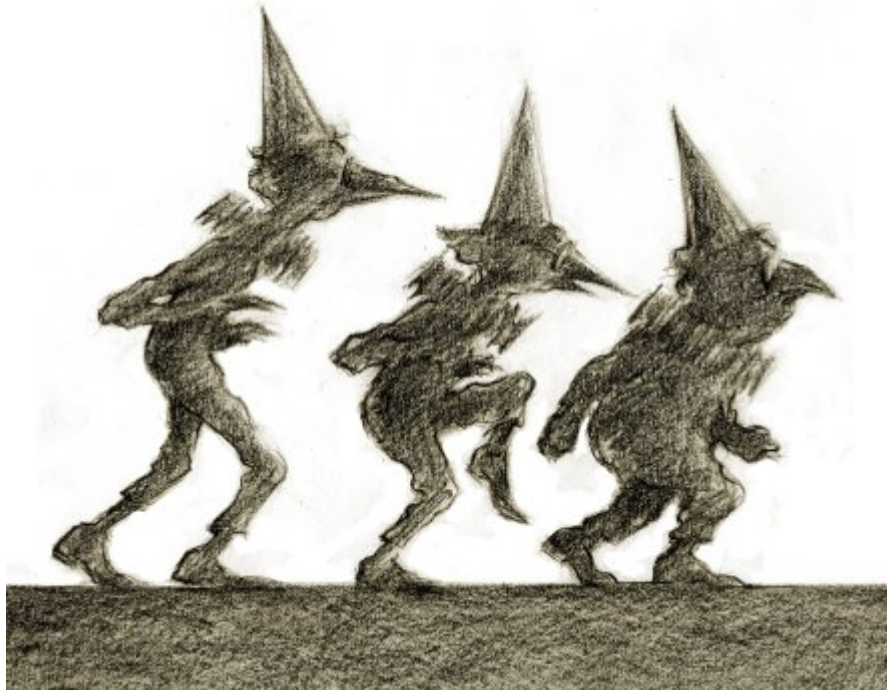
Una mañana el Supervisor se retiró dos horas antes de lo habitual. Por primera vez nos encontrábamos solos y libres, como en los viejos tiempos. Había que festejarlo...



Con ansiedad y un poco de miedo nos reunimos en un rincón dispuestos a jugar a las cláusulas, como de costumbre. Pero pasó algo insólito: sin haberlo previsto y con total naturalidad empezamos a tramar el plan.



Gracias a nuestra antigüedad en la oficina y a los interminables paseos por los archivos conocíamos el edificio a la perfección. Por otra parte, Kramer recordaba cada movimiento del Supervisor y sabía los horarios de entrada y salida de los demás empleados. El trabajo era simple. Sólo necesitábamos organización y paciencia; cualidades que, por experiencia profesional, teníamos de sobra.



Luego de una sabia espera, por fin llegó el día indicado y concretamos nuestra obra maestra.



Pudo haber sido un crimen perfecto, de no ser por aquel estúpido detalle... Un descuido que en definitiva revela nuestra ingenuidad y falta de práctica delictiva.



La explicación es sencilla: no éramos asesinos, sino sufridos oficinistas. Queríamos trabajar con responsabilidad, como siempre lo hicimos, pero sin la presencia del Supervisor. De todos modos, esto no nos hace inocentes. Actuamos mal y es justo que pagemos nuestra culpa.



Por eso estamos aquí. Ya no contamos con aquel formidable archivo de normativas, ni disfrutamos del concierto de abrochadoras. Sin embargo, aunque le parezca gracioso, estamos cómodos. De vez en cuando miramos hacia atrás con angustia, temiendo encontrar la fría imagen del Supervisor, pero el sol que entra por la reja nos alivia y nos recuerda que estamos solos, como en los viejos tiempos. Para pasar el rato, jugamos a las cláusulas y, gracias a la memoria de Kramer, de a poco vamos reconstruyendo nuestra modesta pero valiosa biblioteca de reglamentaciones. Hay motivos suficientes para levantarse cada mañana.

FIN





El Autor

Rodolfo Fucile nació en Buenos Aires en 1978. Dibuja, escribe y trabaja como ilustrador. Colabora con medios gráficos y editoriales como *Clarín*, *La Nación*, *Caras y Caretas*, *Capital Intelectual*, *Continente* y *Planeta*, entre otros, y con diversas agencias de publicidad. Como autor integral publicó el libro *Artistas irrelevantes* (2008), biografías de artistas que no aportaron nada a la historia del arte.

www.rodolfofucile.com.ar